Crítica para los pibes

AÑO II. BUENOS AIRES, Miércoles 2 de Marzo de 1927 No. 77

EL CARNAVAL: FIESTA DE LOS NIÑOS

HOMENAJE DE "CRITICA" A SUS AMIGUITOS



LA PELOTA SALTARINA

CUANDO tenéis costumbre de pasar el verano a la orilla del mar desde pequeños, es muy duro tener que quedarse en la capital sólo porque a unos tíos vuestros se les ocurra no moverse de casa, y limitarse a ver la Exposición de pinturas y asistir á las subastas del Hotel de ventas.

Bien lo echaba de ver Angelito y Tomasita. Sus tíos no eran de esos tíos simpáticos que hay. Hubiérase tratado de tía Clara, tan hábil para vestir una muñeca y tan graciosa para contar un cuento de hadas, o de tío Reinado, que le lleva a uno de paseo y le da dos pesetas de una vez, sin preguntar nunca en qué se han empleado, y las cosas cambiarían. Pero se trataba de tío Tomás y de tía Angeles.

Tía Angeles era toda ceremonia; se sentaba siempre muy tiesa y se empeñaba en que uno se acordase de lo que le habían dicho; a Angel le habían puesto tal nombre porque era él de ella... aproximadamente. Y por tío Tomás se llamaba así Tomasita; era sordo, a todo le sacaba su moraleja correspondiente, y las criadas decían de él que era muy roñoso.

—Sí que lo es, por desgracia —afirmaba Tomasita.

—Señorita, quiero decir —explicaba la doncella— que es de los que a la mano cerrada la llaman puño.

—Sólo una vez en su vida me dió una peseta —dijo, gruñendo, Angelito—, y cuando fuí a tomar un refresco de zarzaparrilla la dí a cambiar y resultó falsa.

No podían los chicos hacerse cargo del motivo de que sus tíos se metieran en todo lo que estaban haciendo; y en su interior habían tomado la resolución formal de que cuando fuesen mayores no habría tío ni tía que entrase en su casa. No se les ocurría pensar, a las pobres criaturas, que un día había de llegar en que ellos a su vez fuesen tíos y tías, o por lo menos, una de las dos cosas.

Aquel año hacía mucho calor en la capital; el pavimento parecía una empanada caliente, y el asfalto un bizcocho abrasador; soplaba además un vientecillo curioso, coleccionista de polvo de pajas y de papelotes, que luego se cansaba de hacer colección y lo repartía todo por los patios y los jardines de las casas. En el cuarto de plancha, donde solían jugar los niños, no se había vuelto a poner el transparente desde un día en que ellos lo quitaron para que les sirviese de telón en una comedia que pensaban escribir y que por último no escribieron. El sol de la tarde entraba ardiente por las ventanas, y los chicos estaban cada vez más sofocados, y se iban irritando gradualmente, hasta que Angelín dió a Tomasita un cachete que la hizo llorar, y Tomasita pegó a su agresor una patada en la espinilla que le hizo poner el grito en el cielo.

Sentáronse después en rincones opuestos del cuarto de plancha, y estuvieron lloriqueando y poniéndose motes, diciendo que ojalá no hubiesen nacido, lo cual es una tontería; pero ya recordaréis que hacía mucho calor.

Cuando se cansaron de ponerse motes, fué Tomasita la que de pronto gritó: Bueno, Angelín, vamos a estar contentos.

—¿Contentos con el calor que hace? —dijo Angel en tono sombrío.

—Hemos sido malos —replicó Tomasita, restregándose los ojos con el vestido de su muñeca—, pero el calor tiene la culpa. Tía Angeles la dice a mamá muchas veces que el calor le pone los nervios como las cuerdas de un violín. Eso quiere decir que se enfada por cualquier cosa.

—Entonces no es culpa nuestra —afirmó Angel—. Se suele decir: "Sé bueno y serás dichoso"; aunque tío Reinaldo lo dice al revés: "Si eres dichoso, puede que seas bueno". Yo sería buenísimo si estuviese contento.

—Y yo también —añadió Tomasita.

—¿Qué necesitaríais para estar contentos? — dijo una voz fina, entrecortada, que salía del cajón de los juguetes; y al mismo tiempo cayó de él, rodando, la pelota grande de goma, verde y encarnada, que tía Clara les acababa de regalar. Apenas habían jugado con ella, como el jardín estaba muy caluroso y lleno de sol, se habló de jugar en la calle, a la sombra, cuando tía Angeles dijo que los niños bien educados no juegan en la calle; y no les dejaron salir.

Fué rodando la pelota muy despacito, y la luz que brillaba en su recién pintada superficie hubiérase afirmado que les hacía guiños. Os figuraréis que les sorprendería mucho oír hablar a una pelota; nada de eso. Cuanto mayores seáis y más extrañas cosas os ocurran, veréis cómo la que más os asombra es la que menos os sorprende. (Quisiera saber por qué. Pensad en esto y escribidme después lo que os haya ocurrido).

Púsose en pie Angelito y dijo —: ¡Hola!—; pero era demasiado cortesía. La hermana contestó a la pregunta de la pelota:

—Quisiéramos vernos a la orilla del mar, sin tías y sin ninguna cosa que nos moleste; y sin tíos, como es natural — dijo.

—Pues bien — dijo la pelota —; si estáis seguros de que váis a ser buenos, ¿por qué no me hacéis botar?

—Aquí no nos dejan — explicó Tomasita — porque no se rompan los cacharritos que me regalaron el día de mi santo.

—Pues en la calle — indicó la pelota —. A la sombra se está muy bien.

—Los niños bien educados no juegan en la calle — dijo tristemente Angel.

Le pelota se echó a reír. Si no habéis oído nunca reírse a una pelota de goma, no me entenderéis. Es el rumor de una especie de saltito rápido, rápido, rápido y suave, suave, suave que da la pelota cuando la dejáis, cansados de hacerla botar.

—Pues en el jardín — propuso.

—Vamos al jardín, por mi parte, si quieres — contestó amablemente el niño.

Se fueron con la pelota al jardín y la hicieron botar al sol, sobre el césped seco y amarillo.

—Venid — les dijo la pelota —, haced lo que yo hago.

—¿Qué? — preguntaron los niños.

—Lo que yo hago: saltar. Eso es: ¡más alto, más alto, más alto!

Los niños se habían puesto a dar botes como si sus pies fuesen pelotas de caucho; no tenían idea de la deliciosa sensación que experimentaban.

—¡Más alto, más alto! — les gritaba, saltando excitadísima, la pelota verde y encarnada—. ¡Venid detrás de mí, más alto, más alto! —Y saltó por el sendero y los niños tras ella, dando gritos de gozo por lo nuevo de la sensación. Saltaron por encima de la tapia los tres a un tiempo, y los niños volvieron la cabeza en el momento preciso que tío Tomás, golpeando los cristales con los dedos, les decía: ¡No!...

—No sabéis la gloria que se siente al encontrarse lleno de elasticidad: ¡eso de no arrastrar un pie detrás del otro, como cuando os sentís fatigados o aburridos, sino ir saltando, y cuando los pies tocan al suelo, volver a brincar más arriba, todo ello sin molestia ni cansancio!... Sin duda habréis oído hablar de aquel señor griego que cobraba fuerzas cada vez que se caía. Llamábase Anteo, y tengo para mí que no era más que una pelota de goma, verde por el lado que tocaba a la tierra y encarnada por el que miraba al sol. Pero basta ya de erudición clásica.

Tomasita y Angel botaban en pos de la Pelota Saltarina. Saltaron cercas y tapias, jardines secos y calles ardorosas; pasaron por los lugares en que campos y huertas y casitas de ladrillo claro indican la separación que existe entre la capital y el suburbio. Cruzaron los arrabales, polvorientos y desaseados, con geranios en todos los jardines y cortinas a medio descorrer; y poco a poco, los faroles se hicieron escasos; la campiña más verde y los setos más altos: era el campo, el campo verdadero, con sendas en lugar de calles, y por las sendas, la pelota saltaba, saltaba, saltaba y los niños detrás. Tomasita, con su vestido almidonado, de cuello tan estrecho, y Angelito con el traje de marinero que a diario llevaba, un poco apretado también por los sobacos. El de los días festivos le estaba ancho. Nadie parecía reparar en ellos, pero ellos reparaban en todos los chiquillos que iban de paseo por los caminos suburbanos, y los compadecían.

—¿A dónde vamos? — preguntaron a la pelota, que les respondió con una relumbrante sonrisa verde y encarnada.

—Al lugar más delicioso del mundo.

—¿Cómo se llama? — preguntó Angelito.

—Se llama Villadondequeráis, —contestó la pelota—. Y los tres siguieron adelante. Fué un viaje maravilloso: arriba y abajo, a través de los sotos o por encima de las cercas, ya junto a la puerta de una alquería, ya tocando en las chimeneas, arriba y abajo, salta que te salta...

Por último llegaron al mar, y la Pelota Saltarina les dijo:

—¡Ya estáis aquí! Sed buenos, porque no hallaréis más cosas que las que hacen la felicidad de los que las tienen.

Con ésto, se echó como una pelota cualquiera a la sombra de una roca húmeda de algas marinas, y se durmió, cansada de tan largo viaje. Pararon de saltar los niños y miraron alrededor.

—¡Ay, Tomasita! — exclamó el niño.

—¡Ay, Angelito! — exclamó Tomasita.

Justo era su asombro, porque el lugar a donde la pelota les había guiado era tan hermoso como pudiera soñarlo la fantasía, y mucho más aún.

Todos los niños suelen sentir lo que sentís vosotros cuando habéis hecho un viaje muy largo y muy caluroso en un tren polvoriento; les molestan los baúles y el portamantas que se quedaron en el cruce; o si, cuando llegan a la fonda, les dicen que pueden ir a echar un vistazo a la playa con tal que estén de vuelta a la hora de tomar el te, mientras mamá y la señorita de compañía se ponen a abrir las maletas.

Pero Tomasita y su hermano no habían hecho uno de esos viajes pesados, ni llegaban a una fonda estrecha y desagradable, ni les esperaba el te con manteca aceitosa y un tarro de mermelada sin abrir.

—¡Mira cuántas arenitas de plata! —dijo ella— ¡Y se pierden de vista!

—¡Y rocas! —dijo él.

—¡Y acantilados!

—¡Y grutas en los acantilados!

—¡Y qué fresco! —observó Tomasita.

—¡Pero ésto es tan agradable y tan abrigado...! —completo Angelín.

—¡Cuántas conchas!

—¡Y ovas!

—¡Y allí detrás las dunas!

—¡Y a lo lejos árboles!

—¡Y aquí un perro para coger los maderitos que le tiren al mar! ¡Ven acá, "Turco"!

Un perrazo negro les atendió por tal nombre; quizá porque será negro o porque todos le llaman "Turco".

—¡Hay también palas! —continuó la niña.

—¡Y cubos! —exclamó el muchacho.

—¡Y qué lindas estrellas de mar!

—¡Y una cestita... con merienda!

Sentáronse y empezaron a merendar. Era un piscolabis riquísimo. Langosta y helados de fresa y de piña, almendradas y tostaditas de pan con manteca, y zarzaparrilla para quitarse la sed. Mientras comían, pensaban en su tía y en su tío, en su casa, en la ternera enflaquecida y en el pastel de serrín, y se sentían felices.

En el momento de acabar, vieron a cierta distancia que el mar verde se conmovía en un remolino de latigazos y salpicaduras, y, quitándose los vestidos, se mesaba. Era una foca, muy amable y bien educada, que les enseñó a nadar y a buscar.

—Pero ¿no nos sentará mal el baño después de la comida ¿No es perjudicial? —preguntó Tomasita.

—Nada de éso —contestó la foca.— Aquí no hay nada perjudicial, mientras seáis buenos. Venid que os enseñe a jugar al paso marino, admirable juego, frío y tonificante. Probemos.

Por último, la foca les dijo: — Me figuro que traeréis vestidos humanos, y no son a propósito. Mis dos hijos mayores tienen unos que les han quedado cortos. Si los queréis...

Y se sumergió, volviendo a salir en seguida con dos trajes de que dió a los niños.

—Gracias, muchas gracias —le dijeron.— Es usted muy amable.

Casi estoy seguro de que nunca habéis tenido la suerte de probaros un traje de mallas hecho de piel de foca, de los que no se echan a perder con la arena ni con el agua, ni con las compotas, ni con las sopas de leche, ni con todas esas cosas tan buenas que dejáis caer en los vestidos que os regala vuestra cariñosa familia. Pero si podéis, imaginaros cuán bonitas eran las mallas que se pusieron los dos niños.

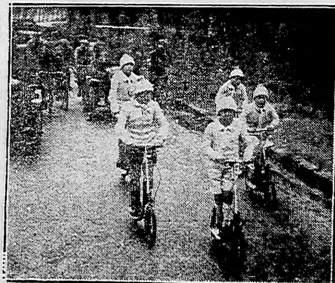
Tomasita y Angel se pasaron el día jugando en la playa, y cuan

(Continúa en la pág. siguiente)

¡Qué lindo que es el Carnaval!

He aquí a uno que le hará poca gracia la frase estereotipada "la alegría de Momo". Buen padre de familia, sin duda alguna, se recordó de sus pibes al llegar Carnaval. Los niños no quisieron ser menos que el padre, y le agradecieron organizando una manifestación de agradecimiento a la par que una batahola infernal, con los mismos objetos de suplicio que él eligieran impensadamente. Fíjese el lector la cara de satisfacción que tiene el "jovie".

Recientemente se efectuó de



Rambouillet a París, una carrera de triciclos, en la cual intervinieron numerosos niños. El grabado muestra el grupo de los que se disputaron el triunfo, al pasar por Ville D'Avray

LA PELOTA SALTARINA (Conclusión)

ño se cansaron de jugar, se metieron en una gruta y encontraron la cena a punto; salmón y pepino, conejo y limonada; y para acostarse, un gran lecho de paja y hojas secas, musgo y helechos y todas esas cosas que os han parecido siempre tan a propósito para tenderos en ellas, aunque no os lo hayan consentido.

Por la mañana, budín para el almuerzo, pato asado y jalea de limón; el día pasaba como un sueño venturoso ,roto únicamente por la sorpresa deliciosa de los manjares. La pelota se levantaba para enseñarles a jugar al polo acuático, y ellos la hacían dar saltos en la arena, lanzando gritos de gozo y de placer. Ya sabéis que a una pelota le gusta que la hagan botar los que la quieren bien; es como si se le dieran golpecitos en el hombro a un amigo.

En Villadondequeráis no había casas, ni tinas para el baño, ni bandas de música, ni criadas de servir, ni guardias, ni tías, ni tíos. Podíais hacer durante todo el día lo que os diese la gana, con tal de ser buenos.

—¿Qué ocurriría si fuésemos malos? —preguntó Angelito y la pelota, poniéndose muy seria, le constestó:

—No seré yo quien os lo diga; pero os aconsejo con el mayor interés que no tratéis de averiguarlo.

—No, no lo haremos, de ninguna manera —aseguraron los dos, yéndose a jugar con los conejos de las dunas, que eran muy simpáticos y aficionadísimos a toda clase de juegos.

En la tarde del tercer día, Tomasita estaba silenciosa, la pelota le preguntó.

—¿Qué te pasa, nena saltarina? Cuéntamelo.

Y ella le dijo:

—Quisiera saber cómo está mi madre, y si tiene una de esas jaquecas tan fastidiosas.

—¡Así me gusta! —contestó la pelota.— Ven conmigo y te enseñaré algo de éso.

Dió un bote, los niños corrieron tras ella y la vieron caer en un estanque entre rocas, dando un susto tremendo a las plantas acuáticas, sin que la pelota reparase en ello.

—Mirad —les dijo desde el fondo del agua. Y al mirar los niños vieron que el estanque era como un espejo; pero no se veían reflejados en él. Lo que veía era el salón de su casa, y a papá y mamá en él, muy buenos ambos. Sólo parecían estar un poco fatigados, igual que los tíos, que se encontraban allí también. Tío Tomás decía:

—¡Gracia a Dios que se fueron los chicos!

—¿Saben dónde estamos? —preguntó Angelín a la pelota.

—Se imaginan que lo saben —constestó la pelota— o vosotros os imagináis que ellos se figuran que lo saben. Sea lo que quiera, se encuentran a gusto. Buenas noches.

Y se fué de un salto, como una pelota cualquiera, a descansar en el sitio acostumbrado. Los dos niños se fueron a buscar su grato, suave y blando nido de paja y hojas secas y helechos y musgo, y se echaron a dormir. Pero Angelín estaba resentido con Tomasita porque ella se había acordado de su madre antes que él, y le dijo que se llevaba todos los helechos; y se durmieron los dos muy enfadados. Al despertar estaban enfadados aún. Hasta entonces se habían ayudado mutuamente a hacer la cama en seguida de levantarse, pero aquel día no lo hicieron.

—No veo por [illegible] de hacer yo las camas —dijo él; — éso es cosa de [illegible] chicos.

No veo por qué motivo he de hacerlas yo —replicó Tomasita; — éso no es cosa de señoritas, sino de criadas.

Entonces ocurrió una cosa terrible. De repente, surgió de la nada, procedente de ninguna parte, una doncella muy alta y robusta, limpia de veras, que les dijo:

—Tiene usted mucha razón, señorita; a mí me corresponde hacer las camas. Ytengo también encargo de que se acuesten los dos a las siete.

Pensad lo tremenda que les parecía una cosa así a unos niños que se habían acostumbrado ya a no irse a la cama hasta que se sentían inclinados a ello. Los dos salieron a la playa.

—Mira lo que ocurre cuando uno es malo —dijo Tomasita; y Angelito exclamó por toda respuesta: —¡Chitón!

Estuvieron contentísimos hasta la hora de comer. Aquel día les pusieron pichones asados, boquerones y arroz con leche, y durante todo el día fueron buenísimos y trataron muy cortésmente a la pelota. Angel le contó lo referente a la terrible aparición de la doncella, y la pelota movió la cabeza (ya sé que no habéis visto nunca mover la cabeza a una pelota y que, muy probablemente ,no lo veréis jamás) y dijo:

—Niño saltarín, aquí puedes continuar siendo dichoso por toda una eternidad, si eres contentadizo y bueno. Si no...; mira, son las siete menos cuarto...; ya es hora de irse a la cama.

Y tuvieron que irse a la cama. La doncella los acostó, después de lavarlos con jabón amarillo, algo del cual se les metió en los ojos. Encendió una lamparilla de noche, y se sentó entre los dos hasta que se durmieron, sin dejarles hablar, de modo que tardaron en dormirse mucho más de lo hubieran tardado a no estar ella allí. Ylas camas eran de hierro, con colchas y sábanas calientes, suaves, y muchas más mantas de las que eran precisas.

Al día siguiente se levantaron lo más pronto que les fué posible; jugaron al balompié acuático en unión de la foca y de la Pelota Saltarina, y cuando llegó la hora de comer, les dieron langosta y helados. Pero Tomasita estaba de mal humor, y dijo: —¡Ojalá fuese pato!— Antes de que hubiese acabado de decirlo, tenían delante un plato de cordero y otro de arroz, y no hubo más remedio que sentarse a la mesa y comérselo con toda pulcritud, porque la doncella cuidaba de que no se dejase nada en el borde del plato ni hablaran con la boca llena.

En adelante ya no hubo platos sabrosos, sino únicamente cosas por el estilo de las que se suelen comer en casa. Pero aún es posible la felicidad sin sabrosos manjares, a trueque de andarse con mucho tiento. Los días eran todavía bastante gratos, y todos los seres del mar y de la tierra se les mostraban cariñosos y atentos. La foca les enseñaba cuanto sabía, y estaba siempre dispuesta a jugar con ellos. La estrella de mar fué su maestra de astronomía, y con el pez espada aprendieron esgrima. Los cangrejos les enseñaban a bailar, las aves marinas a hacer nidos —conocimiento que no necesitaron aplicar nunca,— y si las ostras no les enseñaron nada fué porque son estúpidas, no por falta de sentimientos amistosos.

Bañábanse los niños a diario en el mar, y si se hubiesen contentado con ésto, nada malo hubiera ocurrido. Pero no se contentaron.

—Vamos a hacer un baño —dijo Angelito— para que entre el mar en él y lo llene, y luego nos bañamos en él.

Y, cogiendo sus palas, abrieron un hoyo; en ésto no había daño ninguno, podréis decirme con razón. Pero cuando el hoyo estuvo hecho y el mar fué arrastrándose, hasta que una ola reventó con fuerza en la arena e irrumpió arremolinada en el hoyo. Tomasita y Angelito se pelearon al borde, discutiendo quién había de meterse primero, y la ola, arrastrando la arena, se volvió al mar; de modo que de los dos ninguno se bañó en la flamante bañera. Todo quedó húmedo y arenoso, y el borde, levantado con tal esmero, se desmoronó por muchas partes. Mirándolo estaban con sorda irritación, cuando la arena empezó a moverse y a removerse, y a levantarse como si algún enorme animal marino la elevase con su ancho lomo.

La arena húmeda se escurrió por uno y otro lado, y un objeto puntiagudo como el dorso de una vaca fué apareciendo lentamente. [illegible] instantes y desprendiéndose de la arena sur- [illegible] de baños calientes en el mismo lugar en que habían

—¡Vaya! —exclamó Angel. —¡Ahora sí que la hicimos!

La habían hecho buena, es verdad, porque en la puerta de la caseta se leía en un gran letrero: "En adelante os bañaréis siempre aquí".

Acabóse, pues, aquello de meterse en el agua cuando les parecía y como les daba la gana. Tenían que tomar baños calientes, y la caseta olía a agua salada y a toallas ajenas húmedas.

Después de esto ,a los chicos no les gustaba mucho la orilla del mar, y preferían ir a jugar a las dunas con los conejos, tan hospitalarios y amables, o al bosque, donde crecían tantas especies de flores campestres, sin letreros como los que ponen: "Se prohibe tocar", encima de las que más os gustan. Los niños pensaban en lo que tío Tomás diría si estuviese allí, y se sentían verdaderamente dichosos.

Pero una vez Tomasita cogió unos convólvulos blancos, unos geranios rojos y algunas calceolarias —de esas que nunca os dejan coger en vuestras casas— e hizo con todas aquellas flores una guirnalda que se puso en la cabeza .

Entonces dijo el niño: —¡Eres tonta! Pareces una maceta.

Pero ella le replicó: —Ya verás tú si soy tonta. ¿Qué bonitas estarían en un sombrero, si fuesen artificiales!- ¿Por qué no tendré yo un sombrero?

Y lo tuvo. Un sombrero muy duro, que le hacía daño en las sienes, donde estaba cosida la goma, y además aquel vestido tan almidonado que la arañaba, y toda su ropa interior, y medias y botas pesadísimas; y Angelito se vió con su traje de marinero estrechísimo por debajo de los brazos; y tuvieron que llevarlos puestos continuamente, porque sus mallas de piel de foca desaparecieron.

Al regresar, cariacontecidos e incómodos en la tiesura de sus trajes, hablaron con la Pelota Saltarina. Parecía muy seria, y gruesos lagrimones de agua salada le corrían cara abajo por las mejicallas rojas y verdes. Estaba en la roca húmeda cubierta de ovas.

—¡Ah, criaturas necias! — les dijo.— ¿No os avisé bastante? Tenéis aún todo lo que pudieran desear unos niños razonables. ¿Y no estáis contentos?

—Sí que lo estamos —contestaron los dos; y, en efecto, lo estuvieron durante un día y la mitad de otro. Y entonces no fué el descontento, sino su tontería, lo que les trajo desgracia.

Estaban jugando en las dunas, junto al lindero de lbosque, a la sombra de un heliotropo. Un seto de camelias les daba también grata frescura y en las dunas, a pleno sol, las orquídeas brotaban como margaritas del campo ,y los claveles como flores de retama. En derredor todo era tierra como esa con la que no os deja andar el jardinero. Con sus palas habían hecho un bancal e iban a plantar en él verbenas. Pero a Angelín le tiraba la blusa por debajo de los brazos, y cuando Tomasita le dijo de pronto:

—Mira, Angel, mira qué bonito; parece cosa del país de las hadas —él replicó:

—¡Tonta! ¡Si ese país de las hadas no existe ni cosa que lo valga...!

En aquel momento un hada de alitas brillantes, color de cola de pavo real; pasó revoloteando por encima de la senda y fué a posarse en una magnolia.

—¡Mira, Angelito! Es un hada — volvió a gritar Tomasita; — ésto es el país de las hadas y ésa es una hada muy hermosa. Mira.... ya se va.

Pero él no quiso mirarla; dió media vuelta y cerró los ojos.

—¿Qué ha de haber país de las hadas. ¡Cuándo yo te lo digo!— gruñó. Yo no creo en hadas.

Y de repente, ¡qué horror!, el hada se convirtió en un guardia —todo el mundo sabe que existen los guardias y no hay quién deje de creer en ellos.

mosas flores se agotaron y des-

Y todas aquellas raras y heraparecieron sin dejar más que espinas y pinchos, y la neblinosa sendita cubierta de musgo que corría por lo alto de las rocas se convirtió en un paseo público por el que se puso a andar el guardia arriba y abajo, sin parar un momento, observando a los niños que jugaban; y bien sabéis lo difícil que es jugar cuando alguien os mira, sobre todo si ese alguien es un guardia.

Angel estaba muy enfadado; sostenía la imposibilidad de que hubiese gusanos de luz tan grandes como faroles de bicicleta, y en Villadondequeráis los había.

Después de esto fué cuando empezaron a salir faroles de gas a lo largo del paseo, en el que brotó un kiosko alumbrado con bombillas incandescentes; y una banda de música se puso a tocar en él, porque ¿para qué sirve un kiosko sin su correspondiente banda de música?

—¡Necios chiquillos, tontos! —dijo la Pelota Saltarina poniéndose más roja de ira por el lado que no se puso más verde de rabia. —¡Botando estoy de cólera al ver que desperdiciáis todo lo bueno y que habéis convertido a Villadondequeráis en estación veraniega!

Y se puso a botar irritada, playa abajo, hasta que la doncella salió de la cueva y dijo a los dos hermanos que no metiesen tanto ruido, y el guardia les gritó:

—¡Circulen, circulen! Están entorpeciendo el tránsito.

Ahora he de referiros algo tan penoso que no le encontraréis excusa; para mí no la tiene. Sólo he de pediros que penséis cuánto trabajo cuesta relativamente bien, y cuán fácil es, en cambio, ser malo de remate.

Cuando la Pelota Saltarina se quedó quieta, dijo Angelito:

—Me gustaría saber qué es lo qué la hace saltar.

—¡No, no lo averigües! —grito la niña, que había oído decir a su hermano lo mismo con otras pelotas y sabía demasiado bien a dónde iba a parar.

Y antes de que Tomasita hubiera podido evitarlo, sacó el cortaplumas que tío Reinaldo le regaló en el penúltimo día de su santo, y echando mano a la pelota, clavó en ella la hoja puntiaguda. La Pelota Saltarina lanzó un débil gemido de pena y de dolor, y en un suspiro tenue y lastimero exhaló su espíritu bondadoso y quedó exánime, como una masa de caucho verde y roja, en manos de asesino. Tomasita rompió a llorar, pero el despiadado Angelito abrió la pelota y miró a su interior. Bien sabéis lo que encontraría: el vacío; el trocito de caucho que forma un bultito en el exterior de la pelota y que podéis tocar con los dedos cuando está viva y es dichosa en la alegría de sus saltos.

LA ALEGRIA DE LOS PIBES



Las pequeñas pibas de la Escuela de Niños Débiles del Parque Chacabuco tienen también su momento de alegría: la fiesta de los conejitos.

Lo Mejor del Carnav









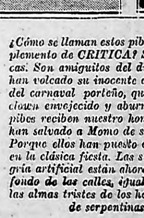








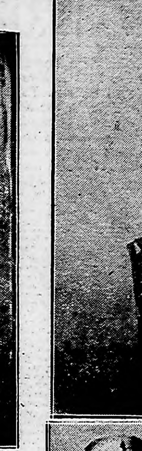




¿Cómo se llaman estos pib
plemento de CRITICA? S
cas. Son amiguitos del d
han volcado su inocente a
del carnaval porteño, qu
clown envejecido y aburr
pibes reciben nuestro hon
han salvado a Momo de s
Porque ellos han puesto c
en la clásica fiesta. Las s
gría artificial están ahora
fondo de las calles, igual
las almas tristes de los ho
de serpentinas

...aval Porteño: los Pibes



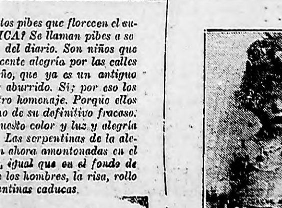








...tos pibes que florecen el su-
...ICA? Se llaman pibes a se
... del diario. Son niños que
...cente alegría por las calles
...ño, que ya es un antiguo
... aburrido. Si; por eso los
...tro homenaje. Porque ellos
...no de su definitivo fracaso.
...nesto color y luz y alegría
... Las serpentinas de la ale-
... ahora amontonadas en el
..., igual que en el fondo de
... los hombres, la risa, rollo
...ntinas caducas.





NUESTRO CONCURSO DEL CUENTO SIN FINAL

Lectorcitos amigos: He aquí una oportunidad de ganarse una libra esterlina que les ofrece CRITICA PARA LOS PIBES. Este es el cuento del Concurso sin final correspondiente a esta semana. Todos los pibes que deseen tomar parte en nuestro concurso deberán escribir la terminación que se les ocurra. La terminación que resulte aceptada, que lo será la mejor, será publicada en nuestro número próximo, y su autor o autora, recibirá la libra esterlina de premio. Las respuestas deben ser dirigidas a la dirección de CRITICA PARA LOS PIBES, Sarmiento 1546.

CON frecuencia don Eduardo, el maestro, nos habla largamente del Bien y del Mal. Son éstos, según él, a modo de dos colinas que cierran el horizonte de la vida: de hosca apariencia y ásperos senderos la una, y de gratas y cómodas avenidas la otra. Sobre ellas se alza la severa imagen de la Providencia, que reparte premios a los buenos y castigos a los malos con la impasible fidelidad de una balanza matemática. Nada permanece oculto para la Divinidad, y así, cuando, creyéndonos a solas, nos entregamos a la perniciosa costumbre de mordernos las uñas, en ella, que lo observa, envía a nuestros papás un mensaje, por medio de un ángel o de un pajarito, para que castiguen nuestro feo vicio.

Es necesario —sigue diciendo— que nos encaminemos siempre por el difícil camino del Bien, al que nos llevarán como expertos guías la Humildad y el Sacrificio, pensando que, a su término, todas las bienandanzas serán para nosotros y podremos reírnos de los necios que prefirieron la colina enemiga y que entonces sufrirán los espantosos tormentos del Infierno. No hay que apedrear, pues, a los perros; comeremos los dulces con moderación y sin ensuciarnos la ropa; respetaremos a los mayores y bajaremos despacio la escalera. Si hacemos esto, Dios nos protegerá, y de mayores tendremos un gran automóvil y el acatamiento de las gentes. Además, los fantasmas no nos amedrentarán al atravesar los pasillos obscuros y podremos asomarnos tranquilamente al balcón cuando pase el hombre del saco.

Desde que escuché por vez primera tan sabias palabras he puesto todo mi empeño en ser un niño bueno y lo he conseguido. Frecuentemente he sido citado ante mis amiguitos por sus papás como imitable ejemplo. Cuando en el colegio reparten estampas siempre me dan a mí la más bonita. Mis papás me besan mucho y me compran más juguetes que a mis hermanos. Unicamente mi abuelita me regatea los elogios: cuando le enteran de alguna de mis meritorias acciones ella asegura que es mi Angel de la Guarda quien me inspira y me obliga a rezar un Padrenuestro.

En ciertas ocasiones, sin embargo, he sido contrariado en mis que yo creí deberían celebrárdl buenos propósitos por aquellos que yo creí deberían celebrármelos. Así, cuando regalé el tren de cuerda al hijo del zapatero, mi papá me reprendió severamente, y durante un mes no me compró ningún otro juguete.

Yo, al principio, me afligí; pero, una vez en mi cuarto, luego de haber dado cuerda al recuperado juguete, le contemplé como si acabara de escapar a algún inminente peligro, y terminé reconociendo la sabiduría de papá.

Tampoco me dejan jugar con los chicos de la calle, y cuando, guiado por la Humildad, lo intento, me llaman golfante, y al día siguiente me llevan a confesar. Finalmente el día en que subí a la trasera de un coche, subyugado por el místico encanto de su incomodidad, mi buena madre me dió una formidable azotaina.

Pero esto es otra cuestión, como he oído repetidamente decir a mi papá cuando habla de políticos o de toreros.

Lo que yo quería decir es que soy un niño bueno, que respeto a mis padres y no martirizo al gato; que no como demasiados dulces ni cuelgo monigotes de la americana del maestro, y que —esto es lo más importante— por todo ello las brujas no pueden nada contra mí, y mi vigilante ángel custodio apartará cualquier aciago mal que pueda amenazarme. Por eso acostumbro a mirar con desdén a los habitantes de la colina enemiga, y aun suelo reírme cuando algún merecido castigo les hiere de ejemplar manera.

La otra noche, sin embargo, tan afianzados principios peligraron en mí: a pique estuvieron de desmoronarse... Tuvo la culpa la criada. Mi criada, como todas las criadas, tiene a su cargo, además de la limpieza y cuidado de la casa, calmar el afán de maravillas que a mis hermanitos y a mí nos arrastran hasta el fogón. Ella aprendió en el pueblo, cuando aun era rapaza y se sentaba junto al fuego del lar, multitud de cuentos, en los que bullen lobos embusteros y niños ingenuos lechuzas rapaces y hadas buenas, príncipes encantados y enanitos de nevada barba y bondadosa ademán junto al ogro feroz y a los enanucos endemoniados.

Y la buena Ramona, mientras monda patatas, nos repite estos cuentos, en los que, casi automáticamente, vence el Bien al Mal.

La otra noche —digo— nos contó Caperucita Roja. Nos hizo una acabada pintura de sus dotes morales y físicas.

—Su carita —dijo— era coloreada como una madura manzana, y su carácter, dulce como miel. Era hacendosa como una hormiga y limpia como el alba. Y el encaperuzado traje que llevaba aquel día era como una amapola de los campos.

Describió luego con tal realidad la torta y las viandas que llevaba para la abuelita, que hubo de darnos una patata frita a cada uno de nosotros para calmar nuestra admiración.

Más pronto llegó el trágico momento, y oímos las engañosas razones del lobo, y, angustiados por el terror, vimos que la fiera comía uno tras otro los manjares de la cesta y se regalaba, al fin, con la suculenta carne rosada de Caperucita.

Cuando Ramona terminó el relato, mi hermanito pequeño preguntaba asombrado cómo el lobo se había comido a la niña sin gulsaria, y mi hermano mayor le respondía suficientemente:

—Tonto, es que los lobos comen la carne cruda.

Yo no dijo nada, porque estaba desconcertado. Por primera vez en mi vida temía a mis pensamientos. Caperucita era buena, era dulce y alegre y quería a sus mayores, y, sin embargo, el lobo se la había comido.

Yo también era bueno, y con mi bondad creía estar defendido contra los males aciagos... Sin embargo...

Y miraba con terror a la impenetrable obscuridad del pasillo, que se detenía un poco más allá de la puerta de la cocina como una espantable boca abierta.

Para Aguzar el Ingenio Infantil



Construir, trazando líneas de un punto a otro, una casita y un árbol.

Resultado del Concurso Anterior

TAL como ocurrió en los anteriores concursos del "Cuento sin final", el que apareció en CRITICA PARA LOS PIBES de la semana pasada, ha merecido una especial atención de parte de nuestros pequeños lectores. La mejor prueba de ello la da el hecho de que son muchas, muchísimas las contestaciones que nos han llegado. Todos los finales que recibimos son tan buenos, tan acertados, que sus autores son merecedores a una libra esterlina cada uno, pero como desgraciadamente sólo tenemos una, debimos decidirnos, y la adjudicamos a la niña Angelita Frumento, pues el final que nos envió se destaca entre todos. Paciencia; la semana que viene, la libra será para uno de ustedes, nuestros buenos amiguitos. La agraciada deberá pasar por la redacción de CRITICA PARA LOS PIBES, donde se le entregará el premio.

SIGUIO andando y encontró una concha de tortuga llena de perlas hermosas. Eran perlas encantadas tirándolas al agua, las aguas se partían, abriendo paso a pie enjuto.

Sacó las perlas del caparazón de la tortuga y se las guardóN. Poco después llegó a la orilla del mar, tiró al agua una perla y se abrió el mar; dentro vió al dragón del mar. Este gritó: "¿Quién viene a molestarme en mi reino"?

El muchacho digo: "He encontrado perlas en un caparazón de tortuga y las he tirado al mar, con eso las aguas se han abierto".

Si es así, digo el dragón, entra conmigo en el mar y viviremos juntos.

Entonces el joven reconoció que era el mismo dragón que había visto en la cueva. También estaba con él el mancebo con quien se había jurado fraternidad. Era el hijo del dragón.

Has salvado a mi hijo y os habéis jurado fraternidad, de modo que soy tu padre, dijo el viejo dragón. Y le regaló con vinos y manjares.

Un día su amigo le dijo: "Mi padre querrá recompensarte. Si lo hace, no tomes oro ni piedras preciosas, sino sólo la calabacilla que hay allí. Con ella podrás hacer todos los encantamientos que quieras.

En efecto, el dragón viejo le preguntó qué recompensa quería, y él le dijo: "No quiero oro ni piedras preciosas: no quiero más que la calabacilla".

Primeramente, el dragón no quería dársela, pero al fin se la cedió. Entonces el joven se fué del palacio del dragón... Al llegar a tierra firme sintió hambre en seguida se le presentó una mesa con abundantes y ricos manjares.

Comió y bebió al cabo de un rato se sintió cansado; en seguida se le presentó un asno y lo montó. Después de caminar un rato el asno le resultó demasiado trotón. En seguida se presentó un coche y se subió a él. Pero el coche bailaba demasiado y pensó: "¡Si tuviera una litera sería mucho mejor!"

En seguida se presentó una litera, y se metió dentro.

Los portadores lo llevaron a la ciudad, donde estaban el rey, la reina y su hija.

El hombre aquel del cesto había devuelto a la hija del rey, y, por consiguiente, tenía que celebrarse la boda, pero la princesa no quería, y dijo:

"Este no es el verdadero. Mi salvador vendrá. Tiene por señal la mitad de mi horquilla y la mitad de mi pañuelo de seda".

Pero como el muchacho no acababa de llegar y el otro insistía, el rey dijo: "¡Mañana será la boda!"

La hija del rey andaba muy triste por las calles de la ciudad, mirando a ver si veía a su salvador.

Precisamente, aquel día llegó la litera. La hija del rey vió el medio pañuelo en la mano del joven. Llena de alegría se fué con él a buscar a su padre. Allí tuvo que enseñar la mitad de la horquilla que coincidía exactamente con la otra mitad. Entonces el rey creyó que era el verdadero. El falso novio fué castigado.

Se celebró la boda y vivieron contentos y felices hasta el fin de sus días.

Angelita GRUMENTO

12 años de edad

He Aquí Otro Bonito Entretenimiento



Siguiendo la línea de puntos, nuestros lectorcitos deben dibujar un clown saltando en la cuerda

La Cántara Mágica

Un pobre labrador araba su campo. Al terminar un surco, la reja del arado — que era de madera — tropezó contra un objeto duro y se rompió. Era una gran cántara de barro. Queriendo compensar con algo la avería del arado, el labrador se llevó la cántara a su casa. Le contó la desgracia a su mujer. Pero ésta empezó a gritar y a denostarle, como si el pobre hombre tuviera la culpa de aquel accidente.

El aldeano se preparaba para ir al mercado. Al pasar delante de la cántara, dejó caer en ella un hilo de monedas. Fué a recogerlo y cuando lo hubo sacado vió que en el fondo había otro exactamente igual. Sacó este otro hilo de monedas y se encontró con que quedaba otro. Comprendió que la cantará era mágica y tenía el poder de reproducir constantemente lo que se sacaba de ella. De este modo el labrador se hizo rico. Mandó a su mujer que no contara a nadie nada de lo sucedido, y la mujer juró guardar silencio.

Pero no pudo contenerse y contó la historia. El hecho llegó así a oídos del propietario colindante, que puso pleito al labrador, diciendo que la cántara había sido hallada en su heredad. El juez oyó a las dos partes y, habiéndose enterado bien del asunto, confiscó el objeto del litigio y despidió a los dos litigantes. El labrador y su vecino anduvieron por todo el pueblo quejándose amargamente de la codicia del juez. En esto, el padre del juez, al regresar del campo, oyó lo que decían de su hijo. Fué a buscarle y le afeó duramente su conducta diciéndole que no comprendía cómo por una miserable cántara de barro echaba por los suelos su honra y fama. Entonces el juez le contestó: "Es que no se trata de una cántara cualquiera. Ven y lo verás."

Y llevó a su padre ante la cántara, cuyas propiedades milagrosas le explicó. Pero apenas había terminado su explicación, cuando ya estaba el padre echado sobre la cántara, vertiendo en ella todo su dinero y sacando monedas a puñados. Tanto se inclinó el viejo, que se cayó dentro. Acudió el hijo a sacar a su padre de la cántara. Pero cuando lo hubo sacado, vió en el fondo a otro anciano exactamente igual. Lo sacó también; y al punto apareció un tercer viejo que tuvo que rendir el mismo hijo, un tercer padre a quien el tributo de respeto y cariño. Mas no bien estuvo fuera este tercer padre, cuando ya un cuarto padre se agitaba quejumbroso en el fondo de la cántara.

COCO

Un naturalista holandés, M. Hunger, de Amsterdam, acaba de descubrir, en ciertas nueces de coco, perlas de una gran belleza, de la cual M. Dugeand habló a sus colegas de la Academia de Ciencias.

La perla del coco tiene el tamaño de un guisante. Su blancura, comparable a la de la leche, es absolutamente mate y es ésta la única característica que la diferencia de la perla fina.

Se forma en el interior de la nuez del cocotero, exactamente como se forma en el interior de la ostra la perla fina. Pero sólo se la encuentra en la nuez llamada "ciega", es decir, que está desprovista de poros germinativos: el "estoblam" del embrión del cocotero, prisionero en esta nuez ciega, se convierte, bajo la acción del carbonato de cal, en la perla que ha descubierto M. Hunger.

EL NIÑO Y SU AMBIENTE.

No hay persona adulta que lleve tan claramente impreso el sello de su tierra natal como el niño, sea cual fuere su nacionalidad. El tiempo, la vida y la estada en otros países esfuman a menudo el carácter racial. Pero sobre el niño influyen únicamente el ambiente más íntimo, el aire patrio y lo que le han transmitido por herencia sus padres.

Año por año se tiene toda una bibliografía sobre los principios pedagógicos más modernos, que sin embargo no tienen validez sino para un país o una raza determinados. Todos los hombres dirigentes de Inglaterra, y aun todas las personas que allí aspiran a hacer un papel en la política o en la sociedad, han recibido la uniforme educación de los colegios. En ningún otro país del mundo (prescindiendo tal vez de los violentos y políticamente inspirados métodos educativos de la Rusia actual) se acostumbra que los padres se separen con tanta regularidad de sus hijos y deleguen su formación en manos de pedagogos profesionales. Lo que en Alemania constituye una excepción, motivada por circunstancias especiales, eso es en Inglaterra la regla general, de que nadie se desvía por puro sentimentalismo.

Pero no solamente estas costumbres nacionales conscientemente observadas contribuyen a atemperar a los niños al carácter de su país. El sol y la luz obran en el mismo sentido. Y no se crea que únicamente los niños pertenecientes a las bajas clases sociales pasen en los países del Sur una gran parte del día en las calles. Como lo prueban su poca necesidad de dormir y su diferente régimen de alimentación, está el organismo del niño meridional desde luego constituído de otro modo que el de su hermano nórtico. Especialistas en pediatría distinguen desde hace tiempo entre el "niño de lujo" y el niño normal. El primero no puede salir a la calle con mal tiempo, el segundo nace en las entrecubiertas de un buque de emigrantes y medra excelentemente.

En el uno y el otro, la mayor o menor resistencia no es el producto de la educación, sino la herencia biológica.





Una escena diaria del piberío en un "kindergarten" japonés.



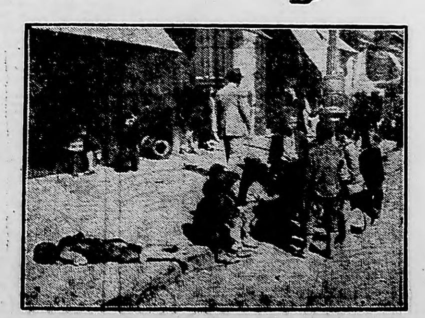
El juego favorito de las chicas de todas partes.







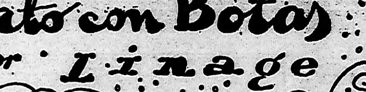
Una estrella de la película de sólo 7 años de edad.



Un consejo de guerra en el borde de la acera. Un grupo de pibes que puede verse en cualquier barrio de nuestra ciudad.

Aventuras del Gato con Botas

por Linage





ZAPIRON SE DIVIERTE



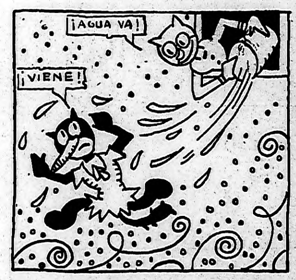
No quiere pasarla mal
Zapirón en Carnaval.

YA ME HAN CONOCIDO..
¡¡ZAPIRON!!

Crece su popularidad
en las calles de la ciudad.



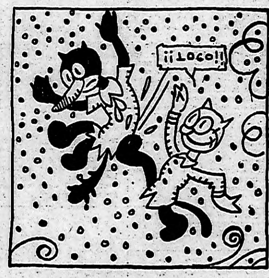
Le arrojan papas, tomates
y otra serie de disparates.



Huye del agua fría
que al pasar le arroja Lía.



Le destrozan el disfraz
por lo menos desde atrás.



Le pegan con saña feróz
en cierta parte una coz.



Acumulan en su camino
algún nuevo desatino.



Le preocupa la entrada
a su nueva morada.



Y ante el pasmo de los gatos
permanece así, largo rato.